

## **PINOCHO EN AMERINDIA**

"Y en eso llegó el hada protectora, y viendo que Pinocho se moría, le puso un corazón de fantasía, y Pinocho, sonriendo, despertó".

jorge enrique miranda vásconez

Pinocho terminó por convencer al pobre Gepetto de la necesidad de viajar hasta la América morena.

-bueno, pero allá: ¡ver, oír y estudiar!...inicialmente; luego, ya veremos.

-te lo prometo.

Llegaron a una ciudad que tenía un aeropuerto pequeñito, unos mosquitos cruzados con pajaros carpinteros, y una gente muy especial, raro coctel de solidaridad y delincuencia.

La familia del viejo los recibió con las mejores galas y amigos; habían preparado una comida típica y una pequeña fiesta. Camino a casa, les mostraron los mejores parques, monumentos, avenidas, como quien no quisiera la cosa; con mucho entusiasmo, pero sin decir "fíjense, esto es lo más bonito que tenemos". Llegaron, por fin, a casa.

-oye, Gepetto, después sería bueno ir a conocer el centro de la ciudad  
-pero, si ya estuvimos allí...

La ciudad era pobre, aunque muchos de sus habitantes se jactaban de los grandes edificios que últimamente unas compañías habían construido. Todo el resto era suburbio. es más: la ciudad era suburbio puro; siempre

fue suburbio, salvo la zona que quedaba al pie del cerro. había sido edificada por los colonizadores "a la brava", quebrando la hostilidad de los nativos, quienes la incendiaron en varias oportunidades, antes de sucumbir ante su encanto... o ante los arcabuses.

Una madrugada, al salir con varios amigos, de una fiesta de periodistas, vieron a un hombre tendido en el pavimento, al pie de una tienda. Lo rodeaban varios individuos quienes lo volteaban bocarriba. El hombre apenas se quejaba; algo mascullaba entre dientes, suplicante.

El grupo de Pinocho y Gepetto, entre curioso y asustado, se acercó. El hombre agonizaba, la mirada perdida, mientras dos sujetos lo interrogaban:

-no te hagas el tonto. ¡Dinos dónde está!

-anda, colabora- decía el otro-, mientras cuatro sujetos que hacían coro miraban amenazadores a los curiosos, pero sin decir nada.

Pinocho fue quien más se acercó y pudo ver que, efectivamente, el hombre se moría, no sólo por el enorme charco de sangre que debajo suyo crecía y crecía como cuando brota petróleo en el Oriente, sino por las tres heridas de bala que mostraba su cuerpo ya casi inerte.

-no seas necio, hombre: ¿Dónde está?- decía casi con cariño, al oído, el primer hombre-, mientras le sujetaba la espalda desnuda como un hermano que da un consejo.

Súbitamente, el hombre pegó un alarido y se volteó...quedando bocabajo. Claramente se vio otro impacto de bala a la altura del riñón izquierdo. Definitamente, ese hombre era cadáver; no lo salvaría ni Mandrake. Todo esto transcurrió en el lapso de unos cinco minutos. La mayor parte del tiempo transcurrió en silencio, sólo interrumpido por alguna queja del sujeto acribillado; y por la misma pregunta, lanzada ya en forma rutinaria, sin fe, por alguno de los que lo rodeaban.

-¡anda! ¿no seas así! ¿Dónde está?

- ¡ese hombre se esta muriendo! llévenlo a un hospital exclamó Pinocho, al mismo tiempo que se acercó al que parecía ser el jefe.

-Tú no te metas ¡ese hombre es un delincuente peligroso! ¡se está haciendo el pendejo! ¡Ustedes no lo conocen!

-así y todo, no tienen derecho a matarlo ¡Llévenlo a un hospital, por favor!

-cállate. Pinocho, por favor- le decía suavemente Gepetto, aterrizado, mientras trataba de halarlo delicadamente. Nuevos curiosos se acercaron tímidamente; otros pasaban de largo, mirando de reojo... varios taxis se detuvieron unos instantes; constataron de qué se trataba e inmediatamente aceleraron. de la casa contigua y de la de enfrente, abrieron discretamente sus ventanas, pero sin atreverse a encender la luz. El hombre ya casi ni se quejaba. El único ruido que ahora sí se destacaba, nítido, era el del motor de una camioneta de balde que siempre estuvo encendida. Pinocho miró a su alrededor. Gepetto y sus amigos bajaron los ojos...

-¡Pinocho, por favor!... fíjate que tú y yo somos extranjeros- susurrará Gepetto-; además...

- ¡Qué extranjeros ni qué ocho cuartos! ¡Hay un hombre que está muriendo y vosotros no decís nada! ¡Vergüenza debería daros!

Y el muchachito empezará a alzar la voz, sin importarle que escandalizaría a todo el vecindario y que las casas encenderán sus luces: primero como luciérnagas, luego como reflectores marinos.

- ¡carajo, dejen dormir!- gritarán desde un departamento.

- ¡llévense a ese hombre! - exclamará una señora desde arriba.

De repente, todo el vecindario, como si previamente lo hubiera acordado:

-¡Son pesquisas! ¡están matando a un hombre!

-¡Asesinos! ¡No tienen piedad del prójimo!

-¡Hace más de media hora que lo tienen desangrando!

- ¡ya, carajo, por amor de Dios, llévanlo a un hospital!
- si hasta hace un momentito, nomás, lo estaban pateando.

- Y se arremolinará la gente y se detendrán los coches y hasta pitarán algunos. Un chofer se ofrecerá, a pedido de la gente, para llevar al herido a un hospital, "a ver si se salva o se cumple la voluntad de Dios", dirá.

- ¡Silencio, carajo, que ya nos lo llevamos nosotros! - sonoramente exclamará el Jefe.

- ¡a ver!, entre ustedes dos, ¡métenlo albalde!

- ¡no! ¡lo van a rematar allí! Asesinos! Asesinos! tronará nuevamente Pinocho, y otra vez reclamos, imprecaciones, voces airadas, gritos, coros, hasta que uno de los custodios sacará un revólver y disparará y entonces saldrá corriendo todo el mundo- menos Pinocho- y algunos se tirarán al suelo y arrancará la camioneta con el hombre tendido en el balde y, también, como protegiéndolo, los mismos cuatro custodios que antes, vanamente, habían intentado disuadirlo de su terquedad y de su mal ejemplo... mientras abajo, ya lejos, Pinocho se quedará tendido en el pavimento, con su cara de yo no fui y con sus ojitos boquiabiertos, en pos del parasiempremente nunca más... en eso llegó el hada protectora; y, viendo que Pinocho se moría, le puso un corazón de fantasía, , y Pinocho, sonriendo, despertó.